

para la venganza.... sino para los afectos nobles, para el dulce sentimiento.... ¡sufré.... llora.... y perdona....!

¡Mision bellísima, aunque dolorosa, de la mujer....!

Soledad amaba con la fe pura de un corazón virginal; con esa pasión delicada, espiritual, apacible y mística, á la vez que inestinguible y profunda, llena de unción, de ternura y de compasión con que aman las almas generosas y sensibles.

Dulcemente dominada por el afecto que consagraba dentro de su pecho al hombre que se alejaba de ella sin justificada causa, no apartaba los ojos de él... y al verle triste y pensativo, pálido y demudado, mirando melancólicamente hácia la bóveda estrellada, libro consolador del desgraciado, le creyó víctima de secretos padecimientos; y olvidándose la infeliz de su ingratitud y desamor para con ella, solo pensó en que padecía... en que era desgraciado tal vez...

Esta idea le conmovió profundamente....
—¡Oh!—pensó la infeliz interiormente.—

¡Sufré sin duda...! ¡Sufrir él...! ¡Ah...! ¡Qué valen mis penas, mis lágrimas y mis dolores...! ¡Si yo pudiera conseguir su felicidad aun á costa de mi vida, con gusto la sacrificaría! ¡Le amo tanto á pesar de su ingratitud....!

Y Soledad quedó tristemente abatida; dominada por un sentimiento de compasión tierno y dulcísimo que le sumergió en un éxtasis de grato dolor indefinible.

¡Oh....! si la desventurada hubiera sabido que aquel hombre que tanto le interesaba.... que aquel hombre, en cuyo rostro miraba pintados el sufrimiento y el dolor, estaba pensando en ella.... ¡en ella que era su vida y su porvenir.... su anhelo y su ventura....! en ella que le habia acusado de ingrato y desleal, sin saber que su nuevo nombre habia levantado un valladar insuperable entre ambos.... Si hubiera podido leer la historia de aquel corazón generoso.... las vicisitudes y miserias que por amarla tanto habia sufrido en la tierra... hubiera corrido á su lado para pedirle perdón de sus ofensas, para decirle que le ama-

ba, y verter en su alma el bálsamo consolador de la felicidad suprema....!

Pero Soledad ignoraba todo esto... y, sin embargo, padecia al verle triste y meditabundo....!

Le perdonaba sus ofensas, su olvido, sus desprecios... porque esta es la dulce cualidad del verdadero amor.... de ese leve destello del infinito amor de Dios, todo generosidad y ternura, que lleva siempre consigo la caridad y la misericordia.

Quien de otra manera siente, no ama.

Desear á todo trance la posesion de un objeto, aun á costa de la felicidad del sér que nos hechiza, no es amor; es un linage de pasion egoista, cruel, exigente y bastarda.

Nuñez continuaba en la misma actitud meditabunda.... se sentia arrastrado hácia aquella mujer que atesoraba todos los encantos de su inolvidable Adela.... y sin embargo, sus ojos permanecian fijos en el cielo.... Su corazon y su deber sostenian una terrible lucha que le tenian en continua inquietud....

De repente se escucharon los primeros acordes de la música producidos por la flauta, la viola, el violin y el violoncelo.

Era un cuarteto delicioso de Purittani, obra inmortal del célebre Bellini.

Los dos amantes, como si les hubiesen tocado á la vez con la máquina eléctrica, se estremecieron á las primeras notas producidas por los bien pulsados instrumentos.

Era una de las piezas favoritas de Nuñez; pieza que habia cantado mil veces, en mas felices dias, en union de su adorada Adela.

Su pensamiento, pues, lo mismo que el de ella, abarcaba aquella época de dulcísimos recuerdos, en que el amor, engalanado con sus mas poéticos encantos, extendia á sus ojos las angélicas delicias de un mundo sembrado de flores y brindando felicidad sin término.

Notas habia allí que hacian asomar el llanto á los ojos de Soledad, porque equivalian á un juramento ternísimo de amor; notas expresivas en que habia sustituido muchas veces al cantarlas embriagado de pasion Nuñez, la palabras *Elvira mia* de la

pieza, por las de *Adelamía*, nombre que sonaba á sus oídos mas dulce que el canto de las sirenas á los navegantes que, subyugados por la melodía de sus acentos y la magia de su música, olvidaban su viaje y espiraban en delicioso éxtasis antes que la razón deshiciera el poderoso hechizo.

Soledad, conmovida profundamente, y sin poder resistir á la emoción amorosa que despertaba en su alma los mas gratos recuerdos de la vida, volvió los ojos hácia el hombre que, en aquellas mismas melodías, le habia jurado tantas veces que le amaba; pero cuando creyó encontrar la dulce correspondencia á su mirada.... cuando pensó que su vista se encontraría con la suya, vió á Nuñez con los ojos fijos en otra parte, como indiferente al pasado y á cuanto le rodeaba.

¡Oh! ¡esta indiferencia pensó de una manera horrible el corazón de la infeliz dentro del pecho....!

¡No le merecía á su amante ni un recuerdo.... ni un suspiro.... ni una simple mirada....!

En aquel momento terminó el cuarteto, y al supuleral silencio que habia reinado durante la ejecución, sucedió un aplauso general que resonó por todos los ámbitos del salón.

La conversación entonces se hizo general.

La señora de la casa, que estaba al lado de Soledad, le dirigió la palabra; y la joven, suspendiendo todos sus amorosos recuerdos, se vió obligada á sostener un diálogo que ningun interés encerraba para ella.

Solo Nuñez permanecía triste y silencioso.

—¿Qué le ha parecido á vd. el cuarteto?

Le preguntó un joven que acababa de sentarse á su lado.

—Muy bien comprendido, igualmente ejecutado, y perfectamente sentido.

Contestó Nuñez, volviéndose con amabilidad hácia su interlocutor, contento de verse interpelado, para ver si de esta manera podia desterrar de su mente las ideas que le atormentaban.

—¡Oh! ¡es una música que toca las fibras mas delicadas del corazón....! ¡Es imposi-

ble oirla sin sentirse conmovido hasta lo mas interno del alma! ¡Un amante no podria escucharla sin que á sus ojos se asomasen las lágrimas!

—Con efecto;—contestó Nuñez tratando de hacer desaparecer las que empañaban sus pupilas;—es un cuarteto que yo no puedo escuchar con ojos enjutos.

—¿Ama vd. acaso?

—¿Hay, por ventura, algun hombre de nobles sentimientos que no ame en la tierra?

—Tiene vd. razon.

Dijo el jóven exhalando un suspiro.

—¿Luego ama vd. tambien?

Le preguntó Nuñez.

—Al menos siento como si én efecto amase; aunque algunas veces me persuado de que mi afecto, mas que amor, es un cariño íntimo, una constante y profunda deferencia hácia la mujer que considero como una hermana.

—¿Es decir que ignora vd. realmente el lugar que esa jóven á quien se refiere vd. ocupa en su corazon....?

—Ciertamente.

Soledad que en aquel instante dirijia como casualmente la vista hácia Nuñez, se estremeció en la silla al ver que estaba hablando con el jóven de que hemos hecho mencion.

En su pecho tuvieron lugar á un mismo tiempo, el temor y la esperanza, el pesar y la alegría.

Un vivo carmin tiñó de repente sus mejillas para ponerse á poco blancas como el papel.

—¡Está hablando con Félix....!—exclamó para sí:—¡Ah....! ¡sin duda se ocupan de mí en este momento....!

Y Soledad, llena de inquietud y de zozobra, continuó su diálogo con la señora de la casa que le dirijia la palabra.

Nuñez y Félix hicieron lo mismo, bien ageno cada cual de saber con quién sostenia su conversacion, pues ni el primero habia fijado su atencion en los que acompañaban á Soledad el Juéves Santo, ni el segundo le habia visto jamas.

—Pues ¡dichoso vd.—dijo Nuñez—que ignora el sentimiento que abriga su cora-

zon, porque desde ahora me atrevo á asegurar que no es el sentimiento llamado amor....! Con el amor va la felicidad instantánea y la desgracia constante de los mortales....! La mayor parte de los que padecen en el mundo son víctimas de esa pasión que halaga acibarando los mas floridos años de la vida.... que promete interminables dichas que se convierten luego en lágrimas y penas....! que presenta la clave de todas las venturas, y que al buscar sus armonías suenan las vibrantes cuerdas del dolor y de los pesares....! Es una flor de tan amarga esencia en su profundo cáliz, como es halgüeña y celestial su seductora vista; y los amantes parecen unos séres condenados á embriagarse con sus brillantes hojas de balsámico perfume, y á despertar en medio de los tormentos de sus agudas espinas....!

—Al escuchar á vd. no puede uno menos de comprender que ha padecido vd. mucho.

—¡Oh....! ¡mucho.... sí.... muchísimo....!

Exclamó Nuñez dejando salir libremente la pena encerrada en el corazón.

—¿Y la persona que vd. ama, ha concurrido al concierto?

—No señor; ni hubiera venido yo tampoco á no haberse empeñado tanto en ello el dueño de la casa, que me honra con su amistad.

—Precisamente se acerca ahora á Soledad para pedirle sin duda alguna pieza. ¿Ha oído vd. cantar á esa jóven?

—Nunca he tenido esa felicidad.

—Pues estoy seguro de que quedará vd. complacido al escucharla.

—Así lo creo sin duda.

—Es una jóven que reúne á la mas interesante figura, una alma bellísima y virginal.

—¿Y es casada?

—No señor: debió haberse enlazado hace algun tiempo á un jóven de relevantes prendas, pero....

Félix no pudo continuar: el piano sonó las primeras notas del ária del *Delirio de "Lucía,"* y todo el mundo guardó silencio esperando á que cantase la seductora jóven

que, en actitud noble y natural, se hallaba de pié al lado del que pulsaba el piano.

El entendido pianista tocó los compases de introduccion con tanto gusto como delicadeza, predisponiendo el corazon al sentimiento y al dolor.

Soledad emitió las primeras notas sueltas, de una manera tan apasionada y tierna, con voz tan dulce y grata, que Nuñez sintió discurrir por sus venas un fluido suavísimo que le iba enervando insensiblemente, sumergiéndole en un bienestar de tranquilidad felicidad.

La jóven continuó su canto cada vez mas dulce, cada vez mas apasionado.

Su voz, de un timbre sonoro y delicado, descendia al corazon transmitiendo los sentidos afectos de que se hallaba poseida al cantar su alma.

Era la fiel intérprete de los sentimientos que habia confiado al papel el apasionado Donnizeti.

Nunca se ha expresado con mas verdad el dolor de una mujer que solo vive con la

memoria del hombre que ama con todas sus potencias.

Soledad amaba, y al dar al viento los tristes ayes de la heroína que representaba, no hacia mas que expresar con todo el fuego de un corazon apasionado, su propia pena y sus mismos sufrimientos....!

Todo el mundo escuchaba en religioso silencio.

No se percibia ni el mas ligero ruido.

Las miradas de todos estaban fijas en la hermosa jóven para no perder ninguno de sus movimientos.

Nuñez, conmovido por los encantos de aquella voz que le trasportaba á un mundo de bellísimos recuerdos, iba sumergiéndose en un éxtasis delicioso que embalsamaba sus pasadas dolencias.

Parecíale que estaban embargadas sus potencias por un arrullador ensueño en que veia reproducirse en sus mas seductoras formas á la mujer que el destino le habia arrebatado.

Habia en el canto de Soledad tal semejanza con el de su inolvidable Adela, su ex-

presion tímida, apasionada y casta á la vez, tenia puntos de contacto tan idénticos con los del ángel que le habia hecho presentir en el mundo las delicias de la gloria, que por un momento se creyó al lado del sér que idolatraba.

Sus ojos, adormecidos por el exceso del placer, estaban fijos en el rostro bellissimo de la jóven que irradiaba de entusiasmo y de pasion.

Cada nota de dolor que en limpio trémolo salia de su flexible garganta, era para él un episodio de quejas amorosas: cada melodía un himno de ternura, y un poema de amor cada compas.

Embargado por el éxtasis divino que producía en su alma aquella argentina voz que le hacia olvidar el presente para trasportarle al delicioso pasado, parecia escuchar en los dulces y melancólicos acentos que con sentida expresion formulaba la hermosa, las balsámicas palabras de eterna fidelidad, pronunciadas por los virginales labios del sér que idolatraba.

Saboreando la inefable dicha de ver y de

escuchar á esta seductora jóven, olvidando sus temores, sus penas y sus zozobras, Nuñez, sumergido en un océano de dichas sin guarismo, y embriagado de arrobadoras sensaciones, se dejaba conducir á un mundo ideal de horizontes de felicidad sin término.

Agoviado por la superabundancia de celestiales placeres en que nadaba su alma, acariciado por los dulces y seductores recuerdos que bullian en su acalorada mente, rodeado por todas partes de luz y de armonía, aspirando un ambiente perfumado de exquisitas y suaves esencias, creyó muchas veces ser presa de uno de esos deliciosos ensueños que suspenden toda accion analítica, para no dejar al alma otro derecho que el de admirar y gozar.

Aquella escogida reunion de seductoras jóvenes, que en vaporosos y flotantes ropajes envolvian las gallardas formas de sus flexibles cuerpos; aquel sepulcral silencio que formaba pronunciado contraste con la animada fisonomía de mil sensitivos séres; aquellas sentimentales notas, llenas de ex-

presion y de ternura, que descendian al corazon como el consolador rocío sobre el cáliz de las abrasadas flores; la asombrosa belleza de aquella simpática mujer, que realizaba las fantásticas creaciones de Ossian; el regalado aroma del D. Juan de Noché, que conducia del corredor la mansa brisa en sus vaporosas alas, todo se mezclaba á la vez en armónico consorcio en su fecunda imaginacion, produciéndole un delicioso bienestar, una cadena de dulces sensaciones, cuyos anillos enlazaban con el presente todos los miríficos goces del pasado, que le argüian un sueño celestial.... sueño del que temia despertar, y que para no pasar de la ficcion á la realidad, contenia su aliento, sus palabras y sus movimientos, receloso de que se disipase el misterioso encanto que le rodeaba.

El melodioso canto de la seductora jóven era cada vez mas apasionado, mas tierno, mas sensible. Sus notas largas se perdian suavemente en el espacio, pero en una gradacion tan perfecta y armoniosa, que las seguia conmovida el alma hasta sentir las

espirar suavemente en la embalsamada atmósfera.

Nuñez, embriagado por esta delicada armonía, identificó en aquella mujer á la jóven que él amaba, y seducido por esta halagadora idea que le brindaba con la realizacion de su esperanza, no pensó ya mas que en confesarla su amor y su ternura.

En aquel momento los bellísimos ojos de Soledad se encontraron con los del apasionado jóven, y ambos se estremecieron de placer, como si aquella mirada hubiera sido la corriente eléctrica con que se comunicaban sus almas.

Entre tanto el ária llegaba á su término; y á medida que se acercaba á su fin, el canto era mas melancólico, mas sentimental, y los sonidos se escuchaban mas suaves, mas sentidos y dulcemente velados, como los misteriosos concertos de una armonía celestial que se va perdiendo en el lejano horizonte.

De repente la voz calló apagándose entre las últimas vibraciones del piano, y en el

mismo instante resonó un aplauso general por todos los ámbitos del salon.

Nuñez despertó, por decirlo así, de su delicioso éxtasis, y dominado aún por los sentimientos amorosos de su alma, iba á dirigir varias preguntas al jóven que le habia hablado al dar principio al concierto; pero Félix se habia levantado para conducir á Soledad al lado de la señora de la casa.

Nuñez perdió su dulce tranquilidad con este incidente, y ya iba á abandonar su asiento, cuando otro jóven que habia ocupado la silla que antes ocupara Félix, exclamó dirijiéndose á dos amigos que estaban á su lado.

—Nunca ha estado mas inspirada la simpática Soledad. ¡Qué dulzura.... qué expresion en todas las notas....!

—Es cierto—añadió uno de los dos:—¡Es imposible interpretar con mas fidelidad los sentimientos íntimos del alma!

—Eso consiste—añadió el tercero—en que la hermosa Soledad no es indiferente á esa tiránica pasion que hace ver el mundo por un prisma de doradas ilusiones.

—¿Pues qué, tiene acaso amores....?

—A no dudar.

—¿Y con quién?

—Con su primo.

—¿Con D. Félix?

—Precisamente.

Nuñez miró deshacerse el encanto en que habia estado sumergido.

El nombre de Soledad, el de Félix, y el conocimiento de sus amores, hicieron caer la venda que cubria sus ojos, y vió que de los fantásticos ensueños creados por la grata melodía de la música, habia despertado á la horrible realidad de sus desgracias y de su abandono.

—¡Ama á otro....!—pensó interiormente:—¡Y sin embargo, creí leer en su mirada un sentimiento de cariño y de simpatía hácia mí....! ¡Ah...! ¡qué pronto he tocado el desencanto....! ¡Y qué otra cosa podia apetecer que su desprecio....?—añadió sobreponiéndose de repente á su debilidad.—¿No es mejor que me aborrezca, para no pensar jamas en ella....? ¿No he huido yo mismo de su calle, para no ser infiel á mi

querida Adela....? ¿Puedo yo ambicionar otro amor que el de la jóven que me consagró todo el cariño de su alma....? ¿Qué me importa á mí la belleza de Soledad, ni sus amores con ese D. Félix, que no conozco....?

Y Nuñez, arrepentido de haber dado entrada por un momento á una simpatía que calificaba de infidelidad á Adela, se propuso permanecer indiferente á los hechizos de aquel sér que atesoraba todos los encantos de su amada.

Fijo en esta resolucion, se propuso retirarse temprano del concierto, y aun lo hubiera verificado en aquel momento, á no haber estado comprometido con el dueño de la casa á tocar unas variaciones en el piano.

¿Y la hermosa Soledad? Soledad tambien estaba triste. Veia al hombre que idolatraba permanecer indiferente y silencioso, sin volver una sola vez los ojos hácia ella, que no pensaba mas que en él.

Tambien la infeliz deseaba que terminase el concierto.

Habia visto hablar á Félix con su amante, y estaba impaciente por saber todo lo que se habian comunicado.

Al llegar á casa sabia sin duda la causa de su indiferencia, la de la tristeza que le dominaba, y el motivo de no haber vuelto á verla despues del feliz encuentro tras la larga separacion á que habian estado condenados.

La llegada de varios criados, vestidos lujosamente, conduciendo helados de todas clases en ricos azafates, y la invitacion de la señora de la casa á que tomase alguno, le sacó de sus entretenidos pensamientos.

Nuñez, en vez de detenerse á tomar el que le sirvieran, cruzó la sala, y se dirigió al corredor con objeto de gozar del agradable ambiente.

Un hombre que le habia estado observando hacia largo rato con un interes particular, al verle abandonar el asiento que ocupaba, dejó tambien el suyo, atravesó apresuradamente la sala, y salió tras él al corredor.

Era tal el número de personas que en

traban y salian, que nadie hizo alto en nuestros dos personajes.

Núñez se paseaba cruzado de brazos y en ademan pensativo por la parte próxima á la escalera, que era el sitio mas solitario.

El hombre que le habia seguido se acercó á él, y le preguntó en voz baja:

—¿Ha traído vd. armas?

Núñez levantó la cabeza, y reconoció en el que le dirijia la palabra, á D. Juan, al jóven que habia defendido á Leopoldo en el corrillo en que habia estado Willey.

—¿Por qué me hace vd. esa pregunta?

—¿Me conoce vd?

—Si señor: tuve el gusto de ver que salió vd. á la defensa de un ausente contra la vil calumnia de un malvado.

—En ese caso no tengo que manifestar que tambien me intereso por vd., y que mi pregunta reconoce un principio noble.

—Lo creo.

—Bien.

—Luego ¿cree vd. que me amenaza algun peligro?

—Estoy seguro de ello.

—¿Aquí?

—No señor.

—¿Pues dónde?

—En la calle.

—¿Cómo!

—Willey, al separarse vd. de él, salió jurando vengarse de la ofensa que decia haber recibido de vd.

—No le temo.

—Por eso le he preguntado á vd. si venia armado.

—No señor; no traigo arma ninguna.

—En ese caso, yo le proporcionaré á vd. una pistola de seis tiros, y tendré el gusto de acompañarle á vd. cuando se retire á su casa.

—Acepto la primera, pero no puedo consentir en lo segundo, porque precisamente voy á marcharme dentro de un instante, y no puedo permitir que vd. renuncie á los placeres que proporciona reunion tan escogida.

—Pero....

—Le suplico á vd. que me complazca en

esto: conozco al enemigo que tengo que combatir, y sé que al verme dispuesto á una vigorosa defensa, desistirá de su intento.

—Si está vd. persuadido de ello, no replico.

—Segurísimo.

—En ese caso tenga vd. la bondad de que entremos al guardaropa, para que le entregue á vd. la pistola: soy militar, y en tiempo de revolucion, siempre me gusta ir prevenido á todas partes.

—Hace vd. perfectamente.

Contestó Nuñez penetrando en el guardaropa con su interlocutor.

—Aquí tiene vd. el arma.

—Mil gracias.

Dijo Nuñez recibéndola y guardándola en uno de los bolsillos de un sobretodo que habia colocado al entrar en una de las perchas.

—Si necesita vd. otra cosa.....

—Ninguna otra mas; gracias: con esto me sobra para ahuyentar á mi enemigo.

—Corriente; ahora, si vd. gusta, volvamos al salon.

—¿Y á dónde le envio á vd. la pistola mañana?

—Su casa de vd., y en la cual me pongo á sus órdenes, está en Capuchinas N^o****.... Pero tendré sumo placer en que la pistola que tiene grabado mi nombre, la acepte vd. como una prenda de amistad, si es que vd. se digna honrarme con ella.

—Personas de la educacion y finas maneras de vd. comunican su honra, no la reciben; y yo me considero muy dichoso en haber alcanzado esa amistad, á la cual correspondo con todas las veras de mi alma.

—Gracias.

—Yo soy quien debe dárselas á vd. por el interes que me ha manifestado.

—Cierto es, amigo mio, que tengo hácia vd. marcada simpatía, pero tambien lo es que gran parte de mi interes nace de la repugnancia que siento hácia Duval y el doctor.

—¿Cómo!

—Nada me han hecho; pero sé que son

el obstáculo á la felicidad de un jóven honrado, amigo de vd., y me traen á la memoria á otro aventurero llamado Rossi, cuya amistad les proporcionó á mis padres grandes disgustos.

—Sí; he oido hablar de ese Rossi; un aventurero que se asoció á Picaluga para vender la cabeza del general Guerrero.

El ruido de pasos de algunas personas que acababan de llegar y subian la escalera, hizo suspender la conversacion.

Los dos nuevos amigos se estrecharon afectuosamente la mano y se disponian á entrar á la sala, cuando se presentaron en el corredor dos señoras, conducidas por los encargados de recibir las en la puerta.

Eran Inés y Clotilde.

Núñez corrió á ofrecer el brazo á la segunda para introducirla á la sala, mientras D. Juan hacia igual cosa con la primera.

Clotilde quedó gratamente sorprendida al encontrar allí al íntimo amigo de su amante, y en su rostro se pintó la alegría mas intensa.

Creyó que iba á hallar en el concierto al

hombre que idolatraba, y este pensamiento la inundó de placer.

—¡Cuánto va á sentir Leopoldo no haber asistido á la tertulia, al saber que vd. se ha hallado en ella.

Dijo Núñez al conducir á Clotilde hácia la sala.

—¡Cómo!—Exclamó la jóven viendo desaparecer el encanto de su alma.—¿No ha venido?

—Mi pobre amigo no concurre á ninguna parte para que nadie interrumpa sus pensamientos amorosos hácia vd.

—¡Oh....! ¡y á mí me obligan á concurrir cuando tambien anhelo estar sola para pensar en él!

Y al terminar estas palabras entraron en la sala en que se levantó un murmullo de admiracion al presentarse en ella Inés y la simpática Clotilde, que iban radiantes de hermosura.

La afligida Soledad que no habia dejado ni un solo instante de meditar en cuál podría ser el origen de la tristeza que habia notado en el hombre que amaba, á pesar